



VOL: AÑO 8, NUMERO 23

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1993

TEMA: LAS SOCIOLOGÍAS ESPECIALIZADAS: Un estado de la cuestión

TÍTULO: **La sociología de lo cotidiano: Discursos y fiestas cívicas en el México de 1900: La historia en la conformación de la identidad nacional**

AUTOR: **Nora Pérez-Rayón E. [*]**

SECCION: Artículos

RESUMEN:

El artículo pretende, en primer término, definir la sociología de lo cotidiano a partir de las propuestas de investigadores destacados en el campo; en segundo lugar, estudiar la conformación de una cultura cívica y una identidad nacional a través del análisis del papel de la historia, el discurso político y las fiestas cívicas en el México de 1900, y, por último, mostrar las posibilidades que ofrece la sociología de lo cotidiano para profundizar en la comprensión de facetas diversas y complejas de la realidad.

ABSTRACT:

The Sociology of Daily Life. Discourse and 1900 Mexican Public-Spirited Feasts. The History in the Configuration of National Identity.

In the first place, this article attempts to define the sociology of daily life from the suggestions of outstanding researchers in the field; in second place, to study the configuration of a civic culture and a national identity through an analysis of the history's roles, the political speech and the public-spirited feasts in the 20th century Mexico. Finally, the article attempts to show the possibilities which the sociology of daily life offers, in order to deepen the understanding of the diverse and complex sides of reality.

TEXTO

El presente artículo tiene varios objetivos. En su primera parte, define la sociología de lo cotidiano a partir de los conceptos teórico-metodológicos que han elaborado algunos de los autores más significativos en el campo durante las últimas décadas. No pretende hacer una revisión exhaustiva de autores, obras y corrientes, lo que excedería con mucho los alcances del trabajo, pero sí recuperar aquellas premisas o elementos que, desde perspectivas distintas, arrojan luz para el objeto de análisis que se plantea en este texto.

La segunda parte pretende, mediante el análisis de discursos, fiestas cívicas, monumentos conmemorativos e inauguraciones durante un lapso histórico determinado, contribuir al conocimiento de la interpretación y los usos políticos de la historia, las formas en que se manifiesta un discurso y una cultura cívica con los mitos y símbolos patrios y la manera en que todo ello es vivido por la sociedad.

Las coordenadas espacio-temporales elegidas en este caso son México, y en particular la ciudad de México, en un año específico: 1900. La vida cotidiana en la ciudad de México

durante ese año transcurre sin mayores sobresaltos. Los discursos oficiales, las fiestas y las inauguraciones amenizan el tiempo libre de sus habitantes, y dadas las posibilidades tecnológicas y financieras de diversión con que contaba el medio millón de ciudadanos de la capital, resultaban eventos muy concurridos espontáneamente por gente de todas las clases sociales.

Los impulsores de una cultura cívica vinculada a una historia oficial tenían por receptor a una población inmersa en un proceso de consolidación como nación y Estado, proceso que, aun cuando refiere también a otros niveles y campos, necesariamente se expresa, se define y redefine en la vida cotidiana, un espacio más en la construcción de la identidad nacional.

I. En torno de la teoría y la metodología

Los estudios sistemáticos sobre aquello que constituye la esencia de la vida cotidiana, aun cuando pueden reclamar antecedentes más o menos remotos, se ubican sobre todo en la segunda mitad del presente siglo, y en particular han proliferado como objeto de investigación privilegiada entre sociólogos e historiadores en los últimos años. [1]

Investigaciones fundamentales sobre la temática, en el campo del marxismo, lo constituyeron desde una perspectiva crítica los trabajos de Agnes Heller, discípula de Georg Lukács, así como los de Henri Lefevre. Sus aportaciones teórico-metodológicas siguen siendo importantes para el análisis sociológico e histórico de lo cotidiano.

Heller recuperará con insistencia, de la lectura de Marx en la Tesis sobre Feuerbach, la premisa de que la transformación de la vida cotidiana, de las relaciones y circunstancias de los hombres, no es anterior ni posterior, sino simultánea, a la transformación económica y política.

La vida cotidiana es la vida de todo hombre y es la vida del hombre entero: el hombre participa en la vida cotidiana con todos los aspectos de su individualidad, de su personalidad: en ella se ponen en obra todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías... El hombre de la cotidianidad es activo, goza, obra y recibe, es afectivo y racional (Heller, 1985: 39-40).

El hombre nace ya inserto en su cotidianidad, y su maduración se da a través de grupos: familia, escuela, comunidades menores..., que median y transmiten al individuo los valores de las integraciones mayores, y es capaz de moverse en medio de la sociedad en general y, además, de mover por su parte ese mismo medio (Heller, 1985: 41-42).

La vida cotidiana, para Heller, no está fuera de la historia sino en el centro del acontecer histórico. Las grandes hazañas no cotidianas que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad (Heller, 1985: 42).

Heller identifica el curso de la historia con el proceso de construcción de valores, entendiendo por valor todo lo que pertenece al ser específico del hombre, a su esencia (el trabajo, la sociabilidad, la universalidad, la conciencia y la libertad) y contribuye a su desarrollo. [2]

Henri Lefevre define lo cotidiano en su trivialidad, y lo integra en repeticiones, gestos en el trabajo, movimientos mecánicos, horas, días, semanas, meses, años, repeticiones

lineales y repeticiones cíclicas, tiempo de la naturaleza y tiempo de la racionalidad. A lo cotidiano, conjunto de lo insignificante, responde y corresponde a su juicio lo moderno, es decir, conjunto de signos por lo que esta sociedad se distingue, se justifica, y que forma parte de su ideología. Lo cotidiano es lo humilde y lo sólido, lo que se da por supuesto, aquello cuyas partes y fragmentos se encadenan en un empleo del tiempo (Lefevre, 1972: 29-36).

No hay hechos sociales o humanos que no tengan un lazo de unión (conceptual, ideológico o teórico), como no hay grupos sociales que no estén reunidos en un conjunto por medio de sus relaciones. En lo cotidiano, Lefevre caracteriza a la sociedad en la que vivimos, que engendra la cotidianidad y la modernidad. Se trata de definir la cotidianidad, así como sus cambios y sus perspectivas, ordenando los hechos aparentemente insignificantes. La cotidianidad no solamente es un concepto, sino que puede tomarse tal concepto como hilo conductor para conocer la sociedad. Y esto situando lo cotidiano en lo global: el Estado, la técnica, la cultura... Esta es la mejor manera de abordar la cuestión, el camino más racional para aprehender nuestra sociedad y definirla penetrándola (Lefevre, 1972: 41).

Lo cotidiano no es un espacio-tiempo abandonado; ya no es el campo dejado a la libertad, a la razón y a la iniciativa individual. Lo cotidiano se convierte en un objeto al que dedican grandes cuidados: campo de la organización, espacio-tiempo de la autorregulación voluntaria y planificada. En este sentido, la cotidianidad sería el principal producto de la sociedad que se dice organizada o de consumo dirigido, así como de su escenario: la modernidad. [3]

Tanto Heller como Lefevre reconocen que es precisamente en la cotidianidad donde tienen su origen las mayores posibilidades de transformación de los individuos y las colectividades sociales.

Entre los enfoques analíticos más recientes sobre la sociología de lo cotidiano cabe destacar las investigaciones de Michel Maffesoli y Franco Ferraroti.

El debate actual sobre el fin de los grandes sistemas explicativos que han marcado nuestra época-marxismo, freudismo, positivismo- está, a juicio de Maffesoli, mal planteado; no se trata de invalidarlos por lo que son, sino más bien mostrar que surgieron y se explican en un período histórico determinado. Elaborados en una época donde dominaba la homogeneización de una civilización que se expandía, no son ya los adecuados para dar cuenta del proceso de heterogeneización, consecutivo a la decadencia de tal civilización. La propuesta del autor va en el sentido no tanto de elaborar un contenido específico para la sociología, sino de proponer una nueva perspectiva, una actitud que no pretende un saber universal pero atenta a todos los aspectos que constituyen lo social (Maffesoli, 1985: 25-27).

La propuesta de Maffesoli implica una fuerte crítica a la producción intelectual dominada por los excesos del racionalismo y el positivismo. Por la obsesión de lo científico se ha caído a su juicio en un bizantinismo que no tiene más que vinculaciones lejanas con la existencia social que trata de explicar. Por querer comprenderlo todo se han dejado de lado cuestiones esenciales; por discriminar, demarcar el ámbito preciso del conocimiento, se ha llegado a suprimir aquello que le puede dar sentido a la realidad. Señala que la legitimidad de tal eficacia se encuentra en el movimiento de racionalización tan bien analizado por Weber. Pero una lectura atenta de este último permite observar que la racionalización social no significa una racionalización generalizada de la existencia cotidiana. La observación participante, la lectura de diversos medios, la atención a las discusiones en el café... obligan a constatar que, en el conjunto, los individuos se alejan

de manera creciente de la base racional de las técnicas y reglamentos que los conciernen, aunque esa base se mantenga escondida, constituya una "centralidad subterránea" (Maffesoli, 1985: 189-190).

Afirma Maffesoli, extrapolando a Weber, que se había creído que el "desencantamiento del mundo", correlativo al desarrollo de la ciencia y la técnica, podía aplicarse igualmente a la vida subjetiva, a los fenómenos de la masa, a la política y a la vida cotidiana. Ello es falso: los dioses, sus mitos y sus ritos, han cambiado de nombres y de formas pero continúan actuando sobre la sociabilidad y sobre el entorno (Maffesoli, 1985: 189-190).

Todo aquello que concierne a la vida cotidiana y su análisis permite, según este autor, destacar las fronteras de una instrumentación sociológica preparada más para explicar formas sociales macroscópicas que para comprender todo aquello que tiene sentido en la cotidianidad. Por consiguiente, reconoce la diferencia entre una sociología positivista, para la cual cada cosa no es sino un síntoma de otra, y una sociología comprensiva que describe lo vivido por lo que es, satisfaciéndose con discernir así las intenciones de los diferentes actores (Maffesoli, 1991: 625).

Michel Maffesoli plantea la reivindicación de una sociología que pudiera conceptualizarse como "romántica", dándole a este término el sentido más amplio; ello implica una actitud de pensar en términos de una globalidad que rehúsa la discriminación a priori entre aquello "que sería lo importante" y aquello "que no lo sería ...". Propone una sociología desde adentro, más bien una perspectiva de análisis a partir de la acentuación de la sociabilidad, lo imaginario o lo cotidiano. Una actitud atenta a todos los aspectos que constituyen lo social (Maffesoli, 1985: 25-27).

Se acepta que el conocimiento tiene grados diversos. Se trata de proceder por acercamientos concéntricos, por sedimentaciones sucesivas, admitiendo incompletos o lagunas, y comprendiendo que la investigación "indirecta" de la verdad es a veces mucho más fecunda que el tratamiento directo. La metáfora y la analogía son elementos esenciales en este camino. El autor hace un llamado a "una sensibilidad relativa", es decir, plantea que el pensador, "aquél que nos habla del mundo", participa, forma parte de lo que describe, y puede por tanto tener una visión desde su interior, una intuición, y ésta es válida.

Cuando Maffesoli se refiere a la sociología de lo cotidiano reconoce la necesidad de una pluralidad de enfoques que reflejen la imagen de la multiplicidad social, y que al mismo tiempo estén atentos a todos aquellos aspectos que habían sido relegados en el proceso de observación científica; estos últimos tienen que ver con el sueño, el juego, la teatralidad, el ritual, la imaginería en general y no pueden ser tenidos por marginales; la sociología debe darles carta de legitimidad. Hay que relativizar las verdades monolíticas y universales descubriendo lo cualitativo y lo cotidiano.

Cada época comprende un conjunto de representaciones que le sirven de referencia. Hay un estilo de lo cotidiano hecho de gestos, palabras, de obras en mayúscula y minúscula, nos señala este autor. Frente a la red de la vida corriente, que se teje de mil hilos entrecruzados, el pensamiento debe hacerse dinámico, en ocasiones abigarrado, y tener en cuenta todas las cosas que cuestionan certidumbres y dogmas. "Rechaza el imperialismo de la razón por reduccionista" y plantea que la sociología de lo cotidiano lo relativiza. No se puede reducir la vida social al sustrato económico, a fundamentos psicológicos o a la dimensión política... Hay que repensar valores y lo que Durkheim llamó "la interpenetración de las conciencias" que encontramos en el fondo de los mitos, las ideologías y las representaciones que permiten la permanencia de la sociabilidad (Maffesoli, 1985).

Ferraroti plantea una interesante contribución al tema articulando el análisis sociológico con el análisis histórico.

...la historia no es un río, relativamente unilineal, y ni siquiera un torrente. Es más bien un delta, con muchos brazos y una desembocadura de contornos inciertos, cubiertos por tenebrosas neblinas, a tal punto que nadie puede describir detalladamente sus continuas aperturas [...] Esta complejidad histórica escapa a las tradicionales categorías [...] La historia humana [...] es el lugar de la mediación: no es sólo conocimiento vinculado a un perímetro disciplinar, sino memorias de hechos, sentido de pertenencia a situaciones, procesos y resultados.

La historia, agrega Ferraroti, es la sedimentación de lo vivido, seguir el rastro de quien ya transitó o está transitando: es descifrarla, conectarla. Historia en este sentido es conjuntamente tiempo y espacio. El uso adecuado de categorías sociológicas permite enriquecer ampliamente el análisis (Ferraroti, 1990a: 115-117).

La relación entre historia y sociología debe, a su juicio, ser críticamente replanteada. Las ciencias hoy en día no pueden ser definidas en abstracto. Se puede decir que una ciencia existe cuando se ha cristalizado un cierto modo de razonar y de sentar las bases de la investigación sobre determinados temas. La historia y la sociología pueden colaborar de forma amplia precisamente en el terreno de lo cotidiano, en el caso de Ferraroti, a través de una metodología que hace de las historias de vida y el género biográfico un instrumento analítico e interpretativo fundamental. [4]

Otros analistas que se han ocupado centralmente ya sea del tema de la cultura, como Bordieu, o del poder, el saber y la ética, como Foucault, han hecho valiosas aportaciones al estudio de la temática de lo cotidiano.

Foucault consideraba que la sociología no emerge en acrisoladas academias ni surge espontáneamente de la mente de privilegiados actores sociales, sino de la oscura e interesada injerencia de los pioneros de la "economía social" en la existencia de las clases populares. Los manicomios, los hospitales, las cárceles, la dominación corporal, la definición social de los sexos y otros territorios fueron sometidos a una investigación sociológica tenaz y rigurosa por Foucault, permitiéndonos comprender mejor la cotidianidad tanto pasada como presente. Para él, hay un deber que consiste no sólo en reivindicar al hombre contra el saber y contra la técnica, sino en mostrar precisamente que nuestro pensamiento, nuestra vida, nuestra forma de ser más cotidiana, forman parte de la misma organización sistemática y pertenecen, por tanto, a las mismas categorías que el mundo científico y técnico (Foucault, 1991).

Los análisis de Foucault sobre el poder entienden éste como una infinitamente compleja red de micropoderes, de relaciones de poder que invaden todos los aspectos de la vida social. El poder crea "la verdad" y su propia legitimidad. El poder no es el Estado, que en sí mismo es un efecto de multiplicidad de movimientos; no es meramente la represión y no es reductible a una consecuencia de la legislación o la estructura social. El poder está en todas partes, es coextensivo con el cuerpo social, se entrelaza con relaciones de producción, familiares, sexuales, culturales... se debe buscar en los más imprevistos lugares y sentimientos los intersticios del poder.

En Pierre Bordieu encontramos también algunas propuestas útiles para nuestra investigación. En este caso el autor trata de reconstruir, en torno del concepto de habitus, el proceso por el que lo social se interioriza en los individuos y logra que las estructuras objetivas concuerden con las subjetivas. Si hay una homología entre el orden social y las

prácticas de los sujetos no es por influencia puntual del poder publicitario o los mensajes políticos, sino porque esas acciones se insertan más en la conciencia, entendida intelectualmente en sistemas de hábitos, constituidos en su mayoría desde la infancia. La acción ideológica más decisiva para constituir el poder simbólico no se efectúa en la lucha por las ideas, en lo que puede hacerse presente a la conciencia de los sujetos, sino en esas relaciones de sentido, no conscientes, que se organizan en el habitus y sólo podemos conocer a través de él. El habitus, generado por las estructuras objetivas, da origen a su vez las prácticas individuales; da a la conducta esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción (García Canclini, 1984: 34).

Al mismo tiempo que organiza la distribución de los bienes materiales y simbólicos, la sociedad, según Bordieu, organiza en los grupos y los individuos la relación subjetiva con ellos, las aspiraciones, la conciencia de lo que cada uno puede apropiarse. En esta estructuración de la vida cotidiana se arraiga la hegemonía: no tanto en un conjunto de ideas "alienadas" sobre la dependencia o la inferioridad de los sectores populares como en una interiorización muda de la desigualdad social, bajo la forma de disposiciones inconscientes, insertas en el propio cuerpo, en el ordenamiento del tiempo y el espacio, en la conciencia de lo posible y de lo inalcanzable (García Canclini, 1984: 35).

No obstante, las prácticas no son meras ejecuciones del habitus producido por la educación familiar y escolar, por la interiorización de reglas sociales. En las prácticas se actualizan, se vuelven acto, las disposiciones del habitus que han encontrado condiciones propicias para ejercerse. Existe por tanto una interacción dialéctica entre la estructura de las disposiciones y los obstáculos y oportunidades de la situación presente. Si bien el habitus tiende a reproducir las condiciones objetivas que lo engendraron, un nuevo contexto, la apertura de posibilidades históricas diferentes permite reorganizar las disposiciones adquiridas y producir prácticas transformadoras (García Canclini, 1984: 35-36). [5]

II. Identidad nacional e historia oficial

Con los Estados, afirma Edgar Morin, se construye un nuevo mundo social y simbólico: la nación, esa sociedad fuertemente integrada y cohesiva, tejida pacientemente por los Estados a través de largas gestaciones históricas. La nación se edifica no solo a través de procedimientos coactivos y administrativos, sino también mediante intercambios y simbiosis, y la articulación de particularismos locales e identidades provinciales en un pueblo unificado por la lengua y la cultura, que se reconoce en solidaridad orgánica y se identifica en un Estado nacional (Valenzuela, 1992: 52).

Dice Isaiah Berlin, citando a H. J. Herder:

Creía que así como necesita comer y beber, tener seguridad y libertad de movimiento, la gente necesita pertenecer a un grupo. Privada de esto, se siente aislada, solitaria, disminuida, infeliz. Ser humano significaría ser capaz de sentirse en casa en algún lugar, con los propios semejantes. La vida cultural es moldeada enteramente desde el interior de la corriente particular de tradición que proviene de la experiencia histórica colectiva compartida sólo por los miembros del grupo [Berlín, 1992: 13].

La correspondencia entre Estado y nación se construye en las relaciones sociales y el mundo simbólico que elaboran. La identidad nacional remite a la dimensión ideológica que implica la identificación con un proyecto de nación. Una visión común de sociedad que es la propuesta de la organización social dominante, es compartida por diferentes sectores y clases sociales y se representa de múltiples maneras, entre las cuales se incluye el mundo simbólico.

Los nuevos Estados nacionales debieron imaginar y construir los referentes simbólicos a través de los cuales se identificarán los diferentes grupos étnicos y sociales, lo cual implicó una redefinición colectiva.

La construcción del Estado-nación en México, y la conformación de una consecuente identidad nacional, fue un largo proceso que abarcó prácticamente todo el siglo XIX. Su consolidación requirió, entre otros elementos, la capacidad para elaborar y proyectar ampliamente un discurso histórico que homogeneizaba la visión del pasado, creando mitos y símbolos unificadores, y la ajustaba a los requerimientos del proyecto de modernización nacional impulsado desde el centro. [6]

Desde el Estado se va perfilando en el siglo pasado una historia oficial que se expresa en discursos, efemérides, obras escultóricas, nomenclatura de calles y plazoletas... al igual que en textos para la docencia y en libros en general. Esa historia oficial se caracteriza en el Porfiriato por presentar una visión muy amplia del pasado que se remonta necesariamente al México prehispánico como base de partida de la memoria colectiva de la nación mexicana, un pasado glorioso sobre el que se superpone la conquista española y los tres siglos de dominación colonial. La Independencia rompe con la opresión española y, después de años de lucha contra fuerzas conservadoras, los liberales triunfan en el movimiento de la Reforma contra enemigos internos y externos y enfilan el país hacia el orden, el progreso y la modernidad. [7]

Se trata de una interpretación teleológica y lineal de la historia, fuertemente marcada por la ideología positivista, en la cual la nación va marchando por un sólo camino, con tropiezos en ocasiones, pero siempre cubriendo y superando etapas en su marcha hacia el futuro prometedor. Por fin, de acuerdo con esta visión, en el Porfiriato se alcanza la etapa positiva esperada, la de "orden y progreso". [8]

Con el positivismo -señala Leopoldo Zea- se intentó realizar la revolución mental de la que hablaba años atrás el ideólogo del liberalismo, José Ma. Luis Mora, y que implicaba la uniformidad de todas las opiniones, haciendo que todos los mexicanos pensasen de acuerdo con lo que Gabino Barreda llamó "un fondo común de verdades". El instrumento para lograr dicha uniformidad no podía ser la violencia sino la persuasión, cuyos efectos según Mora serían más lentos pero seguros (Zea, 1981: 94-95). En ese sentido, como en otros, se advierte que el positivismo no implica una ruptura radical con el pensamiento liberal. [9]

Barreda se plantea la necesidad de ordenar la conciencia como medio para ordenar la sociedad, ya que considera que el desorden social y político tiene sus raíces en el desorden de la conciencia. De ahí la importancia de una educación uniforme que muestre la verdad en todos sus aspectos, verdades demostrables por la ciencia positiva (Zea, 1981: 125-126).

En 1900 el régimen porfirista había llegado a su apogeo. Un crecimiento económico estimulado fuertemente por la inversión extranjera y orientado a satisfacer primordialmente una demanda externa sentó las bases para una economía de tipo capitalista y el consecuente desarrollo de una burguesía nacional. La estabilidad política asentada en una dictadura personalista logró centralizar el poder articulando redes de intereses locales y regionales de carácter tradicional y actores políticos modernos en torno de un proyecto de modernización. [10]

Las elevadas tasas de producción en materias primas minerales y en agricultura de exportación, el fortalecimiento de las finanzas públicas, el buen crédito internacional de

México, la expansión de la red ferroviaria, la introducción de la electricidad, el telégrafo, el cinematógrafo, oscurecían el alto costo social del modelo de crecimiento porfiriano.

Una reducida porción de los poco más de 13 millones y medio de mexicanos pensaba que el país había entrado en definitiva al concierto de las naciones civilizadas (Villegas, 1984: 1230).

Para el año de 1900 se cuenta con una prensa relativamente amplia y diversificada, si tomamos en cuenta que más de 80% de la población es analfabeta. El gobierno porfirista ejerce un control político importante sobre periódicos y periodistas, para lo cual se ha dado armas legales y cuenta con medios represivos eficientes. Si bien persisten algunas publicaciones que han mantenido cierto margen de independencia y capacidad de crítica, e incluso una franca oposición, ésta se tornó cada vez más difícil y peligrosa.

El gobierno, tras haber dejado de subsidiar algunos diarios, lanzó dos grandes periódicos: El Imparcial y El Mundo, cuyo primer número apareció el 24 de septiembre de 1896. A partir de entonces, y hasta 1914, El Imparcial, que fue el primero en utilizar la maquinaria más moderna de la industria periodística de la época, apoyado con fuertes subsidios, fungió como su órgano oficial bajo la dirección de Rafael Reyes Espíndola. [11]

El periódico oficial es una fuente primaria importante para investigar el contenido y los alcances de la historia oficial. La forma en que se presentan y se exaltan determinados hechos históricos frente a otros que son ignorados, la mitificación de los héroes, las virtudes que se enaltecen, los enemigos que se señalan, las características de los festejos oficiales y populares, los símbolos que se proyectan y magnifican...

En su editorial del 29 de septiembre de 1900, El Imparcial sintetiza la visión de la historia al cambio de siglo:

Ahora que los odios se han extinguido y las conciencias aquietado, ahora que al período candente ha sucedido el impasible y que la prueba, el dato, el documento, han sustituido a la elocuencia y a la retórica; ahora que se ha marcado un nuevo método a este género de conocimientos, es el momento más oportuno para reconstruir la Historia Patria [El Imparcial, 29 de septiembre de 1900, p. 1].

En consonancia con estos criterios, el diario se felicita por la reciente publicación de estudios y monografías sobre la historia patria que permiten rectificar juicios, comprobar hechos, desvanecer errores circulantes y enunciar verdades ignoradas hasta entonces, pues las obras anteriores se escribieron en épocas de luchas cuando las pasiones ofuscaban los ánimos y torcían el criterio (El Imparcial, 29 de septiembre de 1900, p. 1). Es decir, que en el reino de la historia, desde la perspectiva oficial, se ha llegado al punto en que es posible acceder a "la Verdad" única e indiscutible sobre el pasado de la nación.

La revisión de El Imparcial nos permitió identificar las efemérides y fiestas cívicas que se celebran con el apoyo oficial, así como analizar los discursos cívicos a que dan lugar. Se complementó el análisis con material de dos diarios que mantuvieron un cierto nivel de crítica al régimen porfirista: uno desde la perspectiva liberal, El Diario del Hogar, y otro desde el punto de vista católico, El Tiempo.

Sabemos que la población celebraba numerosas fiestas religiosas a lo largo del año. [12] Ni las Leyes de Reforma ni la modernización porfirista ni la influencia del positivismo, con su culto a la ciencia y a la razón, mermaron significativamente la religiosidad popular y el catolicismo de la mayor parte de la oligarquía o de las clases medias. La política de conciliación del régimen de Díaz con la Iglesia católica es expresión de una realidad

política, social y cultural reconocida por el Estado y utilizada para obtener consenso y legitimidad.

Sin embargo, el Estado moderno requería de una cultura cívica secular. Las fiestas cívicas que se celebran con mayor entusiasmo son en primer término las que tienen que ver con el movimiento de Independencia: el 15 de septiembre se recuerda la noche que Miguel Hidalgo convocó al pueblo de Dolores a luchar contra el mal gobierno, y el 16 de septiembre marca el inicio de la gesta emancipadora. Se recuerda también el día 13 de septiembre la defensa que hicieron los cadetes del Colegio Militar, ubicado en el castillo de Chapultepec, frente al ejército de los Estados Unidos que controlaba la ciudad de México en el año de 1846. [13] Tienen particular relevancia los actos conmemorativos que se efectúan el 18 de julio, aniversario de la muerte de Benito Juárez en 1872. Se celebran asimismo los triunfos del ejército mexicano sobre los invasores franceses el 5 de mayo de 1863 y el 2 de abril de 1867. El 12 de octubre, día que en 1492 se descubrió América, suele también festejarse, pero en 1900 pasa desapercibido [14]

El poder, dice Foucault, se encuentra en todas partes, y está en la apropiación de la memoria colectiva, del pasado de un pueblo, a través del manejo y la proyección de un discurso sinónimo de verdad que privilegia determinados hechos y mitifica los héroes y valores que le son afines y útiles.

Pero no es automático el tránsito desde la elaboración de un discurso con pretensiones hegemónicas hasta su asimilación por los sujetos a quienes va dirigido. En la interiorización intervienen múltiples factores, promotores del establecimiento de prácticas concretas en las que se cristalizan esos discursos. La familia, la escuela, la literatura, etc. son vehículos para la interiorización del discurso identitario y de ellos se vale también el Estado (García Castro, 1993a: 35). A fines del siglo XIX, cuando el desarrollo de los medios de comunicación de masas es aún muy precario, las conmemoraciones cívicas cumplen también con creces estas funciones.

La memoria de la Independencia. El 15 y el 16 de septiembre

El Imparcial dedica un amplio espacio a reseñar discursos y festejos de las fiestas de Independencia, así como textos de diverso género con temas alusivos.

El presidente Porfirio Díaz envía un "Mensaje a Hidalgo" en primera plana, enalteciendo sus virtudes, en primer término como hombre de trabajo, y a continuación como amante de la fraternidad, el derecho y la paz:

Hidalgo tiene derecho a la inmortalidad, porque como hombre cultivó la tierra y fomentó la industria; como sacerdote predicó la religión del amor y la fraternidad; como mexicano adquirió la convicción de sus derechos y trasmitiéndolos a sus hermanos hizo de un pueblo esclavo, una nación independiente y libre [El Imparcial, 16 de septiembre de 1900, p. 1].

En otra ocasión, unos meses antes, el Presidente se había referido a la heroica Guerra de Independencia, con su tremenda secuela de guerras civiles e internacionales, como un período sangriento y devastador pero determinante en el largo y doloroso proceso de gestación político-social que había de nutrir y hacer viable nuestra autonomía y nuestros poderes nacionales... Es decir, integrando a la Independencia dentro de una concepción organicista (gestación, nutrición, dolor) y etapista de la historia (El Imparcial, 8 de marzo de 1900, p. 2).

En el editorial del 16 de septiembre se elogia a Miguel Hidalgo, destinado por la Providencia a jefe de la Revolución y paladín de la libertad para una causa santificada. Llama la atención la apelación a la Providencia en un contexto impregnado supuestamente del espíritu positivista y científico portador exclusivo de "la Verdad". El pueblo, continúa el editorial, respondió al llamado a emprender la titánica lucha por defender derechos sacrosantos: "Aquel ejército de patriotas sin organización y disciplina, recorrió pueblos y ciudades [...] contempló muy de cerca la muerte, pero viendo sonreír un porvenir de felicidad para la amada patria" (El Imparcial, 16 de septiembre de 1900, p. 1).

Ignacio Ramírez nos ofrece un rápido panorama histórico: la nación azteca, guiada en un momento histórico no precisado por un genio sobrehumano, cayó luchando con Cortés y tardó tres siglos para curarse la herida. Durante la Colonia la atmósfera fue funesta para los conquistadores. La clase dominadora, la raza privilegiada con virtudes en la península europea, se despoja de su inteligencia en este continente y se entrega a "movimientos automáticos dirigidos por el reloj de las parroquias". Eso, señala el Nigromante, era la nobleza, pues la turba sufría de falta de fuentes de trabajo: cerrados los puertos por sistemas prohibitivos, incendiada la viña, el tabaco y la morera por el monopolio, ocupados los primeros puestos por los extranjeros y la inteligencia en manos de la inquisición. El modelo de vida era el convento. Y se pregunta Altamirano: ¿Cómo es que donde antes se rezaba, ahora se piensa? Y contrasta esa realidad con los progresos "actuales" en ciencias, comercio, industria, libertad y reformas (Ramírez, 1900: 2).

Manuel Gutiérrez Nájera contribuye al homenaje al Héroe de la Independencia, Miguel Hidalgo, y plantea que éste no tendrá poema heroico, no lo necesita pues existe por fuerza propia, inmortalmente es hombre y padre. "La proyección de su espíritu se da en la historia la historia no se agota, no para, no termina [.. .] La historia es su poema" (Gutiérrez Nájera, 1900: 2).

Luis González Obregón hace un recuento de los orígenes y la historia de la celebraciones de la Independencia. El Congreso instituyó esta conmemoración cívica en 1822; la primera celebración popular importante se realizó en 1825, en tiempos del presidente Guadalupe Victoria, y desde entonces se ha conmemorado año con año con excepción de 1847, en que se suspendió en la ciudad de México, invadida por los norteamericanos. Esos primeros aniversarios revestían un carácter religioso a la vez que cívico, como lo evidenciaba la profusa iluminación tanto de edificios públicos como de templos. A partir de 1857 asumen un carácter laico y al paso de los años las fiestas fueron decayendo. Pero desde 1883, en que la juventud, los obreros, las colonias extranjeras y el pueblo participan de la fiesta, ésta renace por completo y cada año se verifica con más entusiasmo y suntuosidad. "Hoy se celebra en medio de la paz y el progreso" (González Obregón, 1900: 2).

Se puede observar que en el discurso político del siglo XIX pueblo, nación y patria son conceptos esenciales y se usan en general indistintamente. [15]

El presidente Díaz nació un 15 de septiembre, precisamente. Por causa de esa coincidencia, las numerosas felicitaciones a don Porfirio comparten las planas del diario El Imparcial con los variados ensayos que sobre el tema de la Independencia de México aportan grandes plumas de la época de la Reforma o del Porfiriato: Ignacio Ramírez, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis González Obregón, Angel de Campo ("Micrós")...

Entre otros, los integrantes del Círculo de Amigos de Porfirio Díaz ensalzan los servicios a la patria del que llaman "el mayor amigo de los mexicanos y de todas las naciones cultas". Los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria lo felicitan por la fe que inspira a la juventud, y se asumen como representantes de la nueva generación, libre de pasiones,

ajena a todo espíritu de bandería y que "permanece extraña a todo lo que no sea Unión, Paz y Progreso".

Destaca también entre las felicitaciones el panegírico que el general Bernardo Reyes, recién nombrado ministro de la Defensa Nacional, dirige al Presidente, su excompañero de armas. Ensalza Reyes las hazañas militares de Díaz encaminadas a la reforma de las instituciones, sus esfuerzos en defensa de la paz y por haber aplastado al monstruo de la anarquía. Felicita su talento de estadista y concluye afirmando que su natalicio se verá en la historia "como uno de nuestros acontecimientos salvadores para el México moderno". Así se expresó el portavoz de "un Ejército Nacional que tiene por religión el honor y por norma el hermoso cumplimiento del deber" (El Imparcial, 16 de agosto de 1900, p. 4).

El cuerpo diplomático también expresó sus felicitaciones y reconocimientos a Díaz, y a la paz y prosperidad disfrutada por el país.

La prensa describe el centro de la ciudad de México, engalanado para las fiestas conmemorativas de la Independencia con banderas nacionales y extranjeras, enarboladas en edificios públicos y casas comerciales. Colgaduras tricolores y adornos florales abundan en las calles de Plateros y San Francisco, las mejor adornadas. La Casa Singer, la Casa Boker, el Salón Flammand, la casa de Seimens y Halske, la cristalería de Loeb, la Droguería Belga, el Casino Español, el Francés, el Alemán, el Inglés, el Americano lucen adornos florales, elegantes colgaduras y banderas nacionales.

En la Droguería Labadie destacan tres retratos: el de Hidalgo con la leyenda "INDEPENDENCIA", el de Juárez con "CONSTITUCION" y el de Porfirio Díaz con "PAZ Y PROGRESO". A la altura de algún balcón se encuentra el monograma del general Díaz coronado por una gran águila de madera dorada.

En el Paseo de la Reforma se organizaron lucidas carreras de bicicletas. Los participantes iban esmeradamente vestidos y los premios fueron "elegantes y de gusto". Se obsequió a la distinguida concurrencia con un lunch.

En la noche del 15 la Plaza de la Constitución estaba repleta, las banderas tricolores ondeaban en todas las manos: policías, obreros, albañiles, charros, bomberos; las bandas militares dieron una serenata al general Díaz. Los fuegos artificiales fueron muy superiores a los de años anteriores. Ocho grandes piezas fueron quemadas; al último apareció el busto del general Díaz formado con luces blancas que el pueblo saludó entusiasmado.

El escritor y periodista Angel de Campo describe en forma pintoresca "la noche del Grito" en el Zócalo. Retrata el ánimo de la gente, sobre todo del pueblo, los vendedores, los antojitos, las costumbres, y termina su reseña al grito de "¡Viva la libertad!". La idea no se percibe como un reclamo, sino más bien como una conquista (De Campo, 1900: 2).

El Imparcial reseñaba que, todavía a las 4 de la mañana, el pueblo, en animados grupos, recorría las calles con el más grande entusiasmo, sin que a saber se hayan registrado hechos delictuosos; en la Alameda, oradores populares ofrecieron discursos "más o menos correctos" pero todos abundantes en patrióticas frases (El Imparcial, 16 de septiembre de 1900, p. 3).

En las diversas municipalidades que rodeaban a la ciudad de México también se celebraba "la noche del Grito". Los festejos incluían en ocasiones corridas de toros en plazas improvisadas. Ese año, en Mixcoac, la plaza se vino abajo media hora antes de comenzar el espectáculo "aplastando a varios de los principales vecinos, aunque según

parece sin serios resultados, si se exceptúan a dos niños muertos, tres o cuatro fracturados y diez o doce 'achichonados'..." (El Diario del Hogar, 18 de septiembre de 1900, p. 1).

El 16 de septiembre se conmemoró con un conjunto de maniobras militares, imposición de condecoraciones y jura de banderas en los llanos de Anzures, con la presencia del señor Presidente y sus ministros, así como del cuerpo diplomático y una distinguida concurrencia.

El discurso oficial, a cargo del Lic. Rafael Lozano Saldaña, se distinguió por "conciso, de corte moderno y conceptos profundos" y sobre todo por la brevedad, que es vista como signo de modernidad.

En las condecoraciones que se otorgaron por méritos militares en campaña durante la Intervención francesa, destacó el hecho de que con dos excepciones, las entregadas por méritos en el sitio de Querétaro se concedieron a soldados indígenas que se presentaron a recibirlas humildemente vestidos (El Imparcial, 17 de septiembre de 1900 p. 1). En el editorial de ese día -"El principio de la gran lucha. Cómo nació la patria"- se ensalza el amor a la patria, lo extraordinario de los hombres y su heroicidad, su disposición al martirio en aras de la libertad. La nación estuvo en pie: labradores, artesanos, estudiantes sacerdotes... unos tenían conciencia, otros no comprendían, pero todos se sentían empujados por fuerzas incontrastables... Se percibe como un levantamiento popular (p. 1).

Se recurre a Justo Sierra y a extractos de su obra recién publicada sobre la evolución del país para reseñar estos momentos de la historia. [16]

La historia es construcción de valores, señala Heller; los valores cívicos: el amor a la patria, al pueblo mexicano, a la paz, al orden, al progreso, al trabajo, a la libertad, a la prosperidad, a la modernidad... se proyectan desde el Estado, pero pasan a formar parte de la cotidianidad en el lenguaje, en las festividades que año con año se esperan ansiosas para disfrutar de los juegos pirotécnicos o de los "antojitos" culinarios, en la convivencia con amigos y vecinos. En la fiesta se rompen ciertas barreras sociales y reina una ambiente de igualitarismo Sin embargo, también es ocasión para el desfogue de malestares sociales.

Señala González Navarro que en la ceremonia del Grito era obligado que los léperos, y algunos que no lo eran tanto, injuriaran a los gachupines y todos vitorearan a la Virgen de Guadalupe (González Navarro, 1973).

Al comentar la noche del Grito, el diario católico El Tiempo, en un editorial titulado significativamente "Los desmanes de la plebe", expone una visión de la fiesta totalmente distinta a la presentada por El Imparcial. Señala el periódico que el populacho de la capital se dedicó esa noche a hacer escándalos, romper vidrieras de comercios, destrozor plantas y robárselas, apedrear coches y hasta acuchillar gente. Al grito de "mueran los gachupines" se agregó el de "mueran los rotos", que simboliza el odio del pelado a todo lo que es aseo, pulcritud y decencia y que lleva implícito el aborrecimiento al propietario y el "endiosamiento de la canalla": "...la plebe de la capital es una de las más soeces del mundo, y tan sucia como insolente, que no mejora de condición, ni se civiliza [...] conviene mantenerla a raya no dándole lugar a que se desmande". Y agrega que todo ello se hace con la tolerancia de policías y autoridades, que con el pretexto de la soberanía popular permiten que el pueblo se desfogue una noche (El Tiempo, 22 de septiembre de 1900).

El aniversario luctuoso del Benemérito (18 de julio)

Entre 1892 y 1906 el país contempló el fortalecimiento de la dictadura porfirista y el inicio de su decadencia. Durante estos años se dio un mayor énfasis a la construcción de una historia nacional y al entronizamiento de una mitología republicana que tuvo como personaje central la vida y la obra de Juárez, aunque este hecho no se libró de polémicas (Torres Salcido, 1993: 165).

El aniversario luctuoso se había convertido, pues, en ocasión para reconocer en Benito Juárez, año con año, un conjunto de virtudes personales y de políticas cívicas y patrióticas que lo colocaban en los más altos pedestales del panteón de los héroes como defensor de la libertad y del monumento inmortal que son las Leyes de Reforma, merecedor de la gratitud no sólo de los mexicanos, sino de todo el Continente Americano. Se escribieron frases como "su recuerdo immaculado palpita redivivo en el corazón de los buenos mexicanos", o sonetos como el declamado por el subsecretario de Relaciones Exteriores en el acto conmemorativo y que dice así:

Tu encarnabas de un pueblo el evidente
derecho de vivir libre y glorioso,
y supiste frustrar el pavoroso
morir de una nación independiente.

Corteja el guerrillero audaz su esfuerzo,
porque la Ley, la Patria son un hecho,
que al vigor de tu afán no hay quien lo tuerza;

Y por lo grande estás en contra de lo estrecho;
Napoleón el derecho de la fuerza
Y tú, Juárez, la fuerza del derecho.

[El Imparcial, 19 de julio de 1900, p. 1.]

Si bien la retórica y la cursilería eran propias de la época, no cabe duda de que la poesía erudita, popular, de calidad o del más bajo nivel artístico, constituía un medio de comunicación y trasmisión de mensajes muy distinto al del mundo de hoy. Entonces, prácticamente todo el que sabía leer y escribir (e incluso analfabetos) frecuentemente hacían poesía, la aprendían y recitaban y la disfrutaban. De ahí que en el discurso político la poesía tuviera un importante lugar.

En la mayoría de los textos conmemorativos hay una constante recurrencia al concepto de patria. La patria no se presenta como un ente abstracto, sino que parece asumir rasgos que la concretizan, la personifican. Así, por ejemplo, se lee en El Imparcial un panegírico sobre Benito Juárez frente a la Intervención francesa:

...la patria existía. Estaba serena e impávida al lado de Juárez en Paso del Norte; herida y bañada en sangre en los bosques, pero con el mosquete al hombro, al frente de los guerrilleros; en las ciudades vivía encerrada, como en un santuario, en la conciencia de cada hombre de honor, y en las aldeas, en los calabozos, en el destierro, y aun en el patíbulo, palpaba en el corazón de cada mexicano, y en la última morada de cada mártir [El Imparcial, 19 de julio de 1900, p. 1].

En el discurso político no hay memoria de la ruptura que en la vida real se dio entre los hombres que apoyaron a Porfirio Díaz en su lucha contra Benito Juárez, a principios de la década de 1870, y que después de su muerte se enfrentaron al sucesor del juarismo, el presidente Lerdo de Tejada.

La admiración de Juárez y su obra es exaltada en la prensa, sobre todo El Diario del Hogar, dada su estirpe liberal, y además es utilizada para hacer comparaciones críticas con el régimen de Porfirio Díaz, como las que aparecen en sus "Boletines" (editoriales):

¡Juárez!, ese titán del Derecho y la Reforma [...] Ni lo deslumbró el poder, ni lo atemorizaron las amenazas, ni lo conmovieron los ruegos cuando se trataba de la patria [...] Juárez nos legó su obra máxima: "El respeto al derecho ajeno es la paz" [...] tan olvidada hoy por los encargados de perpetuarla [...] ¡Qué diferencia entre aquella época en que el ejercicio de la libertad era un hecho, y la presente, en que se encarnecen a cada paso las leyes y se viola el Pacto Federativo... [El Diario del Hogar, 14 de julio de 1900, p. 1].

La memoria de Juárez y los actos conmemorativos son presentados también como

la evolución social que determina la emancipación de las conciencias del yugo clerical [y] el grito de protesta general por el avance del clericalismo, que se va extendiendo como la humedad, debido a la prudencia y a la conciliación reprensibles [El Diario del Hogar, 20 de julio de 1900, pp. 1 y 21].

Los actos conmemorativos del 18 de julio incluyeron una manifestación patriótica en honor a Juárez en el Jardín Guerrero (decorado con guirnaldas y coronas de flores, busto de Juárez, etc.) organizada por el "Gran Partido Liberal de la República". En el desfile participaron más de cinco mil personas, entre las cuales destacaban comisiones de sociedades obreras y mutualistas, representantes de diversos planteles de instrucción, agrupaciones estudiantiles y representaciones de los ayuntamientos foráneos y cuerpos militares, así como el Presidente de la República, secretarios de Estado, el gobernador del Distrito Federal y representantes del Congreso de la Unión y del Poder Judicial. Millares de personas vieron el desfile de la comitiva, según afirma la fuente periodística (El Imparcial, 19 de julio de 1900, p. 1). En las fiestas participa una amplia gama de organizaciones oficiales y no oficiales, y se habla de un entusiasmo popular.

La lucha contra la Intervención francesa (5 de mayo y 2 de abril)

En el aniversario de la Batalla de Puebla, en la que las fuerzas mexicanas al mando del general Zaragoza vencieron al ejército francés de invasión el 5 de mayo de 1863, el editorial de El Imparcial señala con patriotismo optimista y desbordado:

La patria está de gala [...] los corazones se estremecen al santo recuerdo de nuestras glorias. Los labios todos entonan el himno triunfal de la victoria. La resistencia de México salva la libertad de un continente; el patriotismo y la abnegación de nuestros soldados [...] nuestros hombres desnudos, defendiendo en la enmarañada sierra, en la abrasada costa, en el apartado desierto la bandera de la patria, debilitan el poder omnipotente del César de las Tullerías. ¡Benditos sean los héroes que guiaron a nuestros soldados por la senda del deber! ¡Benditos sean los hombres que derramaron su sangre por darnos libertad e independencia! [El Imparcial, 5 de mayo de 1900, p 1].

Francia no es considerada enemiga, el enemigo lo fue Napoleón III, y la resistencia de México salvó no sólo al país sino "la libertad de un continente".

Ese nacionalismo apasionado y ferviente, propio del romanticismo, se observa también en la oda que Juan de Dios Peza, el poeta "oficial", declama en uno de los actos conmemorativos. Por un lado muestra la gran admiración al pueblo y la cultura franceses.

Y después aprovecha la oportunidad para hacer un contraste con aquellos tiempos preporfiristas y el presente:

Todo lo muda el tiempo;
Todo lo cambian los años;
Sólo el pueblo no pasa, ni envejece,
Ni muere, ni olvida, ni es ingrato.

El cielo azul y diáfano;
Toldo ayer del estrago y de la muerte;
¡Hoy dosel de la paz y del trabajo!

[El Imparcial, 6 de mayo de 1900, p. 2.]

La historia es vista por el poeta como maestra de la vida; con sus lecciones y con el concurso del pueblo mexicano, fue posible advenir al mundo de paz y del progreso:

No fue lección estéril la que nos dió el pasado,
Y hoy con la voz de mil locomotoras,
A la unión y al progreso saludamos.
Llénanse nuestros puertos
De colonos y barcos,
Y abrimos las fronteras y los mares
A todo aquel que busca un pan honrado.
Y el crédito se extiende,
Y el nombre arranca aplausos,
Y la bandera limpia surge y brilla
Diciendo al mundo: "México ha triunfado."

"Las glorias del presente",
De un pueblo que ha luchado sin descanso
Y que ya en paz tranquilo, de más grandeza avieso.

[El Imparcial, 6 de mayo de 1900, p. 2.]

El 5 de mayo es una festividad cívica popular objeto de grandes festejos. La plaza y el trayecto de Plateros hasta Chapultepec se adorna con gallardetes tricolores con borlas doradas pendientes de los mástiles. Comercios y casas del centro de la ciudad son engalanados con cortinas y grandes banderas tanto nacionales como de otros países.

Se celebra un acto oficial ante la tumba de Ignacio Zaragoza en el Panteón de San Fernando, adonde llega Porfirio Díaz acompañado de sus ministros y de amplia comitiva: generales, diputados, senadores... A continuación se desplazan al Llano de Anzures para presenciar un gran desfile militar, al que llegan después de pasar revista a las tropas en Paseo de la Reforma. Al cruzar el puente que lleva a Anzures -señala la crónica periodística- la multitud vitorea con gran entusiasmo al Presidente. Se lanzan doce globos aerostáticos (El Imparcial, 6 de junio de 1900).

En la noche hay serenatas y fuegos artificiales en la Plaza de la Constitución, donde se colocan numerosas sillas para contemplar el espectáculo. La plaza misma se ilumina con 2,000 farolillos de color. La gran novedad en esa ocasión es el alumbrado eléctrico de las torres de Catedral. También hay festejos en las prefecturas de Mixcoac, Tacuba, Coyoacán y Atizapán de Zaragoza.

El 2 de abril se conmemora el aniversario del asalto a la ciudad de Puebla, que se encontraba en poder del ejército que apoyaba al emperador Maximiliano. El entonces jefe del Ejército de Oriente, general Porfirio Díaz, dirigió exitosamente el ataque. Esta victoria contribuyó significativamente al triunfo y restablecimiento de la República juarista. En las guerras de Reforma e Intervención hubo varias batallas decisivas, pero la particularidad de la del 2 de abril fue haber sido encabezada por don Porfirio, a quien apodaban desde entonces "El héroe del 2 de abril". Hay en la prensa pocos ejemplos tan elocuentes del nivel del culto a la personalidad, y la cuasideificación del caudillo presidencial a que se estaba llegando, como el soneto de Juan B. Delgado publicado el 2 de abril de 1900:

Hizo temblar de gozo la mexicana tierra;
Lo ví esgrimir el sable -cuya visión extraña-
Cruzar entre el reñido fragor de la campaña
Cubriendo de cadáveres el campo de la guerra!

¿Y el héroe existe acaso? ¿Bajo este cielo habita?
¿No fue ideal o sueño?... Existe, oh pueblo, escucha:
Es águila soberbia que en el azur agita,
Es colosal cerebro que sin cesar medita;

¡Es la que excelsa vuela; es la que oculta lucha!
¡Sí existe! Y hoy mi patria le rinde su odisea:
Los épicos clarines le tocan diana en coro,

Le baten los clarines su marcha gigantesca
Y en un sagrado yunque -el yunque de la idea-
Le forjan los paites sus cláusulas de oro.

[El Imparcial, 2 de abril de 1900, p. 2.]

El 2 de abril ameritaba gran fiesta militar. Porfirio Díaz sale de su casa muy temprano montado en "arrogante caballo de gran alzada", con uniforme de gala y portando todas sus condecoraciones, y es ovacionado por transeúntes de todas las clases sociales (el diario menciona unas 10,000 personas) a lo largo del trayecto de su casa en la calle de Cadena hasta el campo de San Lázaro, escenario de las maniobras militares y de un desfile bien organizado (El Imparcial, 3 de abril de 1900, p. 1). Estaba programada entre los festejos una gran serenata frente al Palacio Nacional con bandas de artillería y del Estado Mayor Presidencial y fuegos pirotécnicos, pero hubo de posponerse por mal tiempo (El Imparcial, 3 de abril de 1900, p. 1).

El celebrar los acontecimientos cívicos con festejos de carácter popular que disfruta una población con fuertes carencias económicas, acostumbrada tradicionalmente a la fiesta y enfrentada a una vida dura, cumple funciones consensuales de valor político importante.

Estatuas, monumentos y ceremonias de inauguración

La historia oficial y una determinada cultura cívica se proyectan también mediante la consagración de los héroes y acontecimientos patrios en estatuas y monumentos.

El 5 de febrero de 1900 se inauguró una estatua de la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez, con la consecuente ceremonia patriótica, en el Jardín de Santo Domingo, que habría de llamarse de ahí en adelante "Jardín de la Corregidora" (El Imparcial, 6 de febrero de 1900, p. 1).

El titular de Comunicaciones y Obras Públicas, general Francisco Z. Mena, encomendó al arquitecto Antonio Rivas Mercado el estudio para el monumento que para conmemorar la Independencia del país debía ser levantado en el Paseo de la Reforma. Rivas Mercado presentó el proyecto de una hermosa columna que fue aprobado para construirse en la sexta glorieta de la calzada. La Columna de la Independencia sería inaugurada hasta 1910 (González Navarro, 1985: 695).

El mismo secretario aseguró que se estaban ultimando los preparativos para la construcción de los monumentos que deberían sustentar dos grandes estatuas de Hidalgo y Juárez, que se habían mandado hacer a Italia y que se encontraban en el país desde hacía ya algunos años (El Imparcial, 3 de abril de 1900, p. 2).

Señala González Navarro que el número de diversiones, comparado con el de hoy, era menor y, "quizá por eso mismo, se apuraba el placer de cada fiesta o espectáculo hasta las heces [...] aquellos hombres se entusiasmaban con todo, incluso con las inauguraciones de obras materiales". En el Porfiriato, y sobre todo en la capital, se inauguraron muchas cosas y con ello gozaron los capitalinos (González Navarro, 1985).

TEXTO

El 15 de enero se inauguró el servicio de trenes eléctricos con cupo para 24 personas, cómodos, elegantes y bien alumbrados. En medio de entusiastas vítores de admiración, recorrieron la distancia de Indianilla a Chapultepec en siete minutos y de ahí a Tacubaya en seis (Casasola, 1971: 1298-1299).

En marzo de 1910, después de 14 años de trabajos, se concluyeron las obras del desagüe y drenaje de la ciudad de México, que resolvían graves y antiguos problemas de sanidad y de inundaciones. Su importancia histórica fue enfatizada en el discurso que con ese motivo pronunció el mismo Porfirio Díaz. Este hizo equiparables tales obras con la misma hazaña independentista conmemorada el 16 de septiembre, por los graves problemas de higiene que venían a resolver y por las críticas a que éstos daban lugar en "el mundo civilizado". Tan magna obra muestra lo que vale la paz y es prueba de una patria con "horizontes felizmente alboreados por una aurora naciente de prosperidad" (El Imparcial, 18 de marzo de 1900, p. 2).

Se inició el mismo año la construcción del ferrocarril de Tehuantepec, que comunicaría los dos océanos. Se inauguró también, poco después, la penitenciaría de Lecumberrí, con un diseño y una concepción moderna y avanzada del sistema penitenciario.

La presencia de distintos sectores sociales en estos actos oficiales, el entusiasmo popular con que se acogen las inauguraciones, son acontecimientos de cohesión e identificación que van conformando un patrimonio común de recuerdos; éstos vinculan al régimen político con la consecución de obras públicas y sociedad y serán fuentes para la construcción de la historia oficial futura.

Reflexiones finales

Los seres humanos no viven en el vacío. Tienen necesidad de un territorio en el que radicarse. Se crean un horizonte, un paisaje conocido; "puntual a la cita de cada mañana es el espacio humano". Ahora bien, el animal hombre no tiene la rigidez del comportamiento de sus congéneres, no tiene sólo instinto, y por ello nada hay en él de completamente preestablecido o programado. Incluso el sentido de pertenencia es caprichoso e imprevisible (Ferraroti, 1990a: 110).

Si sienten la necesidad de cambio e innovación, advierte Ferraroti, los seres humanos sienten también la necesidad de la estabilidad y de la seguridad. Se ha hecho mucha historia de los grandes acontecimientos y las fechas y figuras notables, pero ellos son sólo objetivos imprevistos y fragorosos de tensiones oscuras y misteriosas que deben ser exploradas en su hacerse lento y magmático: la cotidianidad, las condiciones físicas ambientales, las relaciones sociales en el ámbito local, la moda, la gastronomía, las fuerzas económicas y sus relaciones, el estado de desarrollo de las técnicas y su incidencia en la vida de la comunidad.

Así, las formas que configuran la cultura cívica de un Estado, como se proyecta, se percibe, se vive, se recuerda y se celebra el pasado colectivo en discursos, festejos elitistas o populares, estatuas y monumentos, etc., son elementos que constituirían lo que Maffesoli denomina una "centralidad subterránea" que nos permite explicar y comprender una realidad social en un determinado momento histórico. Las actitudes y los comportamientos de los actores sociales que proyectan y reciben los mensajes están condicionados por lo que Bordieu conceptualiza como *habitus*, y a su vez influyen constantemente en su configuración y reconfiguración.

La cultura nacional, como señala Arce Valenzuela, ha sido la nube de la historia que cubre y uniforma desigualdades y obliga a compartir, y en muchas ocasiones a celebrar, las efemérides que dan cuenta de la desigualdad, pero también encierra elementos de circulación cultural, lo cual permite la identificación desigual con un proyecto de nación aparentemente común. Es la búsqueda de un modelo de cohesión interna y protección ante lo externo. La identidad nacional lleva implícito un cierto consenso donde se manifiesta una identidad multirregional y multclasista.

Las fiestas conmemorativas, sobre todo las del 5 de mayo y las del 15 y 16 de septiembre, son ejemplos elocuentes de estos procesos. Todo el pueblo festeja en espacios y formas definidos -"juntos pero no revueltos"- pero bajo un discurso patriótico unificador.

Son festividades que tienen que ver con enfrentamientos con el exterior: con España, con los Estados Unidos, con Francia. El nacionalismo porfirista, como todos los nacionalismos, corresponde a la definición que -según García Canclini- Benedict Anderson ha demostrado sistemáticamente: que se trata de artefactos culturales, ficciones construidas históricamente, pero que al mismo tiempo su carácter imaginario no los vuelve falsos, e incluso advierte que la gente está dispuesta a hacer colosales sacrificios por estas maneras limitadas de concebir el imaginario nacional (García Castro, 1993b: 264).

Del panteón de los héroes se destacan las figuras de Miguel Hidalgo y Benito Juárez en particular (y no tanto la de Morelos, por ejemplo). Hay culto a la personalidad presidencial de Porfirio Díaz. Hay un discurso retórico y grandilocuente, pleno de alusiones a la patria, al pueblo, a los heroísmos. Se observa, a nivel del discurso oficial o cercano a él, una sensación de vivir en la bonanza y haber alcanzado el futuro prometido; están convencidos de estar en la ruta adecuada y de ser vanguardia de la modernidad.

Se observa también, como han señalado diversas fuentes, que el pueblo asiste y disfruta de desfiles, inauguraciones, fuegos artificiales, bandas musicales... Pero también se pueden percibir ya, tanto en la prensa como en el comportamiento popular en festejos públicos, síntomas de descontento y crítica que con el tiempo se harán cada vez más evidentes. Cuando los individuos en la sociedad analizada ya no pueden continuar viviendo su cotidianidad, entonces comienza una revolución. Sólo entonces, mientras

pueden vivir lo cotidiano, las antiguas relaciones se reconstituyen. La revolución no se define, pues tan sólo en el plano económico, político o ideológico, sino más concretamente por el fin de lo cotidiano (Lefevre, 1972: 46).

CITAS:

[*] Coordinadora del Tronco General de Asignaturas de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

[1] "...un objeto imprecisamente determinado y por vez primera sometido a la observación no puede ser aprehendido desde el principio por los medios teóricos y metodológicos suficientes, a pesar de los esfuerzos de rigor aplicados al análisis de las situaciones, las interacciones, las ritualizaciones y las dramatizaciones 'banales', así como a la contabilidad de los tiempos que componen el curso de la vida cotidiana" (Balandier, 1978: 695).

[2] Los esquemas de comportamiento y de conocimiento más corrientes en la vida cotidiana: el pragmatismo como signo de unidad inmediata entre teoría y praxis, por principio es imposible adoptar una actitud teórica hacia todo objeto de uso, lo que implica una tendencia hacia la unidad entre teoría y praxis; la probabilidad, el fundamento objetivo de la acción probabilística es el hábito y la costumbre, es decir, la repetición; la imitación, en tres formas distintas pero relacionadas: de acciones (aprendizaje), de comportamientos (conducta) y de evocación (el recuerdo, que provoca efectos sentimentales o intelectuales); la analogía, la hipergeneralización (sobre la base de tipos y juicios preconstituidos) (Heller, 1985: 293-310).

[3] Este método se opone evidentemente al empirismo a la recopilación interminable de hechos o pretendidos hechos. Reflexiona sobre una realidad parcial de la vida social -la cotidianidad-, pero no puede prescindir de tesis e hipótesis sobre el conjunto de la sociedad. Tarde o temprano se integra en una concepción general del hombre o del mundo. No se parte del conjunto o de lo global, sino que se acaba por llegar a ello (Lefevre, 1972: 40-41).

[4] Ferraroti expone ampliamente su metodología en el texto *Histoires et histoires de vie. Le méthode biographique dans les sciences sociales*. El autor recurre a una filosofía de la historia y hace una severa crítica a la historia historicista, elitista, teleológica, monumental. La historia es importante como memoria colectiva del pasado, conciencia crítica del presente y premisa de la acción futura. Reconstituir la memoria colectiva del grupo primario es reconstituir su capacidad de actuar. Alrededor de ese relato los actores sociales se movilizan, se rebelan, acuden a la cita con la historia. La presencia del sociólogo es la de un sintetizador: ser el oído de la historia de vida del grupo primario como una manera de contribuir a esta historia (Ferraroti, 1990b)

[5] Sobre lo cotidiano son, hoy en día, muy variados los enfoques analíticos sociológicos, antropológicos, históricos, literarios, etc., entre los que cabe destacar las contribuciones de la fenomenología de I. Goffman, los trabajos de antropología interpretativa de Clifford Geertz y la escuela crítica de Jürgen Habermas. La *Historia de la vida privada* (la obra coordinada por Georges Duby) es un excelente ejemplo. La historia de la cultura, la historia de las mentalidades la microhistoria, convergen y enriquecen a la sociología de lo cotidiano, lo mismo que la sociología de la cultura, la sociología política, la sociología de la educación o la sociología de la literatura, por citar las más cercanas y retribuyentes a este enfoque sociológico.

[6] La identidad nacional, al ser una forma particular de identidad social, se ubica en el plano de la construcción de subjetividades, es decir, de la constitución de los individuos en sujetos políticos mediante su incorporación a un orden simbólico determinado, expresado en un discurso que incluye o excluye referentes con la intención de cohesionar una sociedad a escala nacional y establecer sobre ella una hegemonía política... con la finalidad de crear una conciencia de unidad, de pertenencia a un colectivo, de toda la población que habita un territorio determinado (García Castro, 1993a: 32). Para una visión general sobre el desarrollo histórico de la nación y el nacionalismo en México, véase Salazar (1993: 44-60).

[7] De alto nivel intelectual, los principales exponentes de la historia "oficial" en el Porfiriato son en primer término la obra monumental coordinada por Vicente Riva Palacio: México a través de los siglos, Historia General y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la Antigüedad más remota hasta la época actual, publicada entre 1884 y 1889. Justo Sierra fue el coordinador y autor de la otra obra cumbre de la historiografía porfirista: La evolución social de México, publicada entre 1901 y 1902, de carácter plenamente positivista.

[8] Ya en su famosa "Oración cívica", Gabino Barreda anunciaba el 16 de septiembre de 1867 las premisas de esa nueva concepción de la historia: existe, decía, "un deber sagrado y apremiante, una necesidad, para todo aquel que no vea en la historia un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, consecuencia del capricho de influencias providenciales, o sujeto al azar de fortuitos accidentes. Se trata de hacer de la historia una ciencia, sujeta a leyes que la dominan, y que hacen posible la previsión de los hechos por venir y la explicación de los que ya han pasado. Hay que encontrar el hilo que pueda servir de guía para el desarrollo de un programa: la emancipación mental, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas y su progresiva sustitución por las modernas. Emancipación científica, religiosa y política que están en la base del proyecto positivista con sus divisas de libertad, orden y progreso" (Barreda, 1941).

[9] Tesis fundamentales del positivismo son: la ciencia es el único conocimiento posible y su método el único válido; por tanto, recurrir a causas no accesibles al método de la ciencia no originará conocimientos; el método de la ciencia es puramente descriptivo, describe los hechos y muestra las relaciones constantes entre ellos, que se expresan mediante leyes y permiten la previsión de los hechos mismos (Comte) o en el sentido que muestra la génesis evolutiva de los hechos más complejos, partiendo de los más simples (Spencer); el método de la ciencia, al ser el único válido, se extiende a todos los campos de la indagación y de la actividad humana (Abbagnano, 1992: 936-937).

[10] Para un análisis ampliamente documentado sobre el desarrollo del régimen porfirista y sus actores político-sociales, véase Guerra (1988).

[11] Para información básica sobre la prensa durante el Porfiriato, véase Ruiz Castañeda (1990: 135-174).

[12] Los días de fiesta religiosos, celebrados en todo el país, eran 6 y 17 de enero (Reyes y San Antonio); 2 de febrero (la Candelaria); Martes de Carnaval; Miércoles de Ceniza, Jueves y Viernes santos; Sábado de Gloria; 3 de mayo (la Santa Cruz); Jueves de Corpus; 24 de junio (San Juan); el día de San Pedro y San Pablo; 16 de julio (el Carmen), 31 de julio (San Ignacio fundador de la Compañía de Jesús); 15 de agosto; 1 y 2 de noviembre (Todos los Santos y Día de Muertos; 12 de diciembre (Virgen de Guadalupe), los días de posadas, la Navidad y el último del año. Véase González Navarro (1973).

[13] En particular en este año de 1900 el 13 de septiembre no es objeto de mayor atención según se desprende de la revisión de El Imparcial, El Diario del Hogar y El Tiempo. Las efemérides de septiembre se inician el día 13 con la conmemoración de la defensa del castillo de Chapultepec por los cadetes del Colegio Militar durante la invasión norteamericana. Juan de Dios Peza escribe en El Imparcial un ensayo sobre los Niños Héroes de Chapultepec resaltando sus virtudes, pero el gran acontecimiento son las fiestas patrias del 15 y el 16.

[14] Tampoco el diario católico El Tiempo lo rememora.

[15] Los conceptos de pueblo, nación y patria tienen significados precisos distintos. Por pueblo se entiende una comunidad humana caracterizada por la voluntad de los individuos que la componen para vivir bajo el mismo orden jurídico. El concepto de nación se distingue del de pueblo porque éste se constituye esencialmente por la voluntad común como base del pacto originario, mientras que la nación está constituida esencialmente por nexos independientes de la voluntad de los individuos: la raza, la religión, la lengua y nada tiene que ver con la voluntad de los individuos (Abbagnano, 1992: 832 y 972).

[16] Se reproducen extractos del texto de Justo Sierra Evolución política del pueblo mexicano (Sierra, 1900: 147-151).

BIBLIOGRAFIA:

Abbagnano, N. (1992), Diccionario de filosofía, FCE, México.

Balandier, G. (1978), "Sociología de lo cotidiano", en G. Giménez Montiel (comp.), La teoría y el análisis de la cultura, SEP-U. de G.-COMECOS, Guadalajara.

Barreda, G. (1941), "Oración cívica pronunciada el 16 de septiembre de 1867", en Estudios, UNAM, México, 71-110.

Berlin, I. (1992), "Nacionalismo bueno y malo", en Vuelta, núm. 183, febr., México.

Casasola, G. (1971), Seis siglos de historia gráfica de México, 1325-1925, vol. III, Ed. Casasola, México.

De Campo, Angel (1900), "El Grito", en El Imparcial, 16 de sept., México.

Ferraroti, F. (1990a), La historia y lo cotidiano, Península, Barcelona.

Ferraroti, F. (1990b), Histoires et histoires de vie. Le méthode biographique dans les sciences sociales, Meridiens Klincksieck, París.

Foucault, M. (1991), Saber y verdad, Eds. de la Piqueta, Madrid.

García Canclini, N. (1990), "Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bordieu", en Sociología y Cultura, Conaculta-Grijalbo, México.

García Castro, M. (1993a), "Identidad nacional y nacionalismo en México", en Sociológica, núm. 21, UAM Azcapotzalco, México.

García Castro, M. (1993b), "Nacionalismo y globalización. El debate multicultural. (Entrevista con Néstor García Canclini)", en Sociológica, núm. 21, UAM Azcapotzalco, México.

- González Navarro, M. (1973), *El Porfiriato. Vida social*, Hermes, México, 458-468.
- González Navarro, M. (1985), 1848-1911. *Documentos gráficos para la historia de México*, Editora del Sureste, México.
- González Obregón, L. (1900), "Los aniversarios de la Independencia", en *El Imparcial*, 16 de sept., México.
- Guerra, F. (1988), *Del Antiguo Régimen a la Revolución*, FCE, México.
- Gutiérrez Nájera, M. (1900), "El poema de Hidalgo", en *El Imparcial*, 16 de sept., México.
- Heller, A. (1985), *Historia y vida cotidiana*, Enlace-Grijalbo, México.
- Heller, A. (1991), *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona.
- Lefevre, H. (1972), *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Alianza, Madrid.
- Maffesoli, M. (1985), *La connaissance ordinaire. Precis de sociologie comprehensive*, Librairie de Meridien, París.
- Maffesoli, M. (1991), "La sociología de lo cotidiano", en *Estudios Sociológicos*, Colmex, México.
- Ramírez, I. (1900), "Grito de Muerte", en *El Imparcial*, 16 de sept., México.
- Ruiz Castañeda, C. (1990), *La prensa, pasado y presente de México*, UNAM, México.
- Salazar, F. (1993), "Nación y nacionalismo en México", en *Sociológica*, núm. 21, UAM Azcapotzalco, México.
- Sierra, J. (1900), *Evolución política del pueblo mexicano*, en *Obras completas*, UNAM, México.
- Torres Salcido, G. (1993), "Los intelectuales finiseculares del XIX. Una modernización conservadora", en *Sociológica*, núm. 21, UAM Azcapotzalco, México.
- Valenzuela Arce, J. M. (1992), "Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes", en J. M. Valenzuela (comp.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, Tijuana, México.
- Villegas, G. (1984), "Dictadura y Revolución, 1888-1911", en *México y su historia*, t. 9, UTEHA, México.
- Zea, L. (1981), *El positivismo en México*, FCE, México.